

# Contadores de historias



Texto y fotos por María Verónica Iglesias

Contradores de historias

© 2016 Pacific Learning

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, taping or any information storage and retrieval system, without permission in writing from the publisher.

Photo on page 27 © Anton\_Ivanov/Shutterstock.com.

Published in the United States of America by:

Pacific Learning  
6262 Katella Avenue  
Cypress, CA 90630  
[www.pacificlearning.com](http://www.pacificlearning.com)

ISBN: 978-1-61391-577-6  
PL-7818SP

# Contadores de historias



Texto y fotos por **María Verónica Iglesias**

Mi fascinación por las historias empezó desde mi niñez; desde que tengo memoria, las historias siempre han estado ahí.

Recuerdo muchas veces frente al fuego, haber estado reunida con mi familia escuchando las historias que mis abuelitos me contaban. Historias fantásticas de aparecidos, de formas de vida antiguas, historias de serpientes en árboles y de serpientes en el cielo. Historias de encuentros con coyotes, historias de la Revolución Mexicana y lo complicado que fue la vida entonces, de cómo los hombres se escondían para que no los

llevaran a la fuerza a “la bola”, como le decían a la revuelta social y política. Y sobre cómo toda la comunidad se iba “al monte” para escaparse de la violencia.

Escuché historias de amor entre soldados franceses e indígenas nahuas y niños de piel oscura con ojos azules.

Recuerdo dos historias de mujeres misteriosas:

Sucede que una vez un tío mío estaba dormido mientras su esposa lavaba la ropa en el río. Cuando ella llegó a la casa varias

horas después, el tío había desaparecido. Lo encontraron muchas horas después junto a una barranca. Cuando él pudo explicar lo que había sucedido, contó que él se encontraba en la cama y vió entrar a una mujer muy bonita, y entonces quisó hablarle y ella se fué. Entonces el tío la fue siguiendo por breves instantes, y luego no recordaba más. La versión de las tías es que se fue por muchas horas y casi se cae en la barranca con peligro de morir.

Otro cuento de mujer misteriosa fue escuchado por otros tíos y mi mamá. Cuando una madrugada hacían pan, escucharon un grito



en medio de la noche y sus pelos se pusieron de punta: “Es la Llorona” dijeron, y al parecer los ladridos alocados de los perros lo confirmaban.

O como aquella vez que mi abuelito dijo que vio en un árbol una serpiente gigante y al pasar cerca de ella le recomendó: “Vete, vete para el monte, porque si otros hombres te ven, te van a matar”. Y el abuelito siguió su camino, al regresar

a casa y al pasar junto al mismo árbol, vió feliz que la serpiente se había ido.

Mi abuelito contaba también sus historias de la Revolución. Cuando era niño y trabajaba en las haciendas, el caporal repartía latigazos a diestra y siniestra, sin importar si se trataba de niños, mujeres o ancianos.

De ahí, yo creo, le nació el deseo de luchar para que la comunidad tuviera sus tierras. Y por eso fue perseguido por el gobierno años después. Él fue un revolucionario, así como el tío abuelo



Cipriano quien fue capturado para unirse a la bola y regresó años después a la comunidad.

Y luego mi abuelita tenía una magia especial para contar las cosas. Sus palabras, los sonidos, sus movimientos me transportaban a otros lugares. Empezaba escuchando la historia en su casa o en mi casa y luego me iba a las haciendas viejas a donde se aparecía “el Roto”, un personaje

fantasma que trataba de invitar a los pocos que se atrevían a pasar cerca para que fueran a desenterrar sus tesoros escondidos y así su alma pudiera descansar.

Otra historia me llevaba a esas tardes lluviosas de cuando mi abuelita era niña y se dedicaba a cuidar borregos en el monte. Ahí vió varias veces las serpientes de agua, que eran nubes amenazadoras que traían lluvia, relámpagos, vientos huracanados, truenos y miedo. Ahí la veía yo, una niñita en medio del campo, comiendo

sólo una tortilla al día y resguardándose de las lluvias torrenciales.

Me llevaba con sus palabras a la barranca, al río, donde iba a lavar su ropa, con yerbas que hacían espuma. La veía lavándose el cabello y haciéndolo luego un chongo encima de su cabeza. Era como una corona. De la misma manera en que muchas veces vi a mis tías y primas enredarse el cabello mojado en el centro de su cabeza; un molote en la cabeza decían. Yo también recuerdo haber tenido mi cabello

mojado en forma de molote cuando mi mamá me bañaba. Es una costumbre de familia, me parece.

Ahí en el río, quedaban los cabellos largos de las mujeres. Se quedaban atorados entre las piedras, y muchos soles y lunas después, estos cabellos se convertían en pequeñas culebritas que nadaban en el agua.

En mis recuerdos también veo a mis dos abuelitos cantando. Ellos cantaban canciones que duraban casi una hora, siempre me fascinó ver la excelente memoria que tenía ese par de viejecitos.



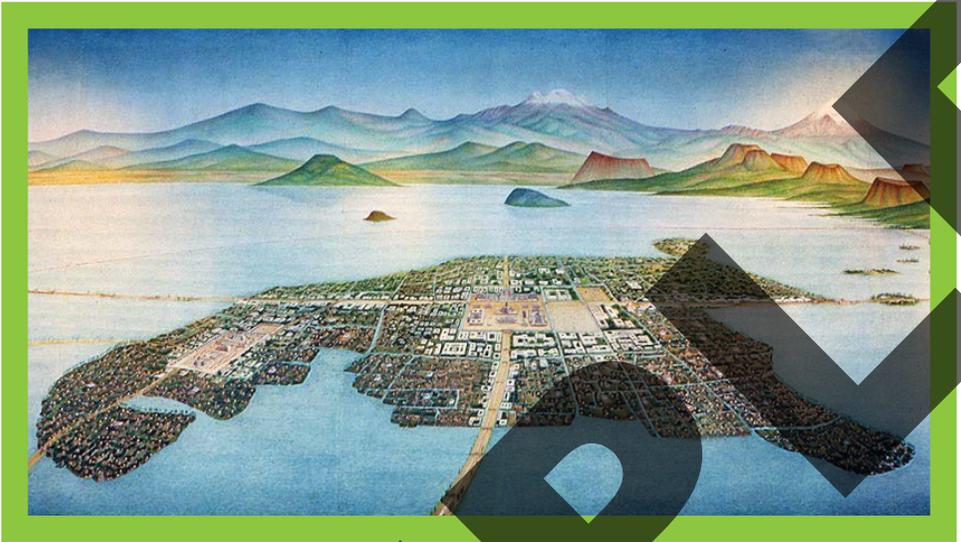
Ellos eran guardianes de historias, dos seres humanos que cuidaban en su memoria lo que había pasado en tiempos antiguos, las historias de antes decían.

Muchas veces vi a mi abuelito decir palabras en ceremonias, como en bodas, primeras comuniones, funerales, en la iglesia, en reuniones familiares. Entonces él se comportaba diferente, su postura cambiaba, su rostro se ponía muy serio y las palabras eran muy cuidadas y elocuentes.

Años después cuando yo estaba en la universidad, aprendí que a estos discursos se les llamaba Huehuetlahtolli, las palabras antiguas; los ancianos daban consejos sobre la vida y las formas para vivir en la comunidad.

Cuando cumplí quince años y tuve mi fiesta, mi abuelito me dedicó uno de estos discursos. Ahora sé que fuí afortunada en recibir todos estos regalos de palabras.

Y ahora quiero platicarte más sobre las palabras y sus guardianes, y porque me gusta tanto escuchar las historias.



Yo nací en México, en la Ciudad de México para ser más clara, y ahí crecí con las historias antiguas, las historias de cientos de años atrás, de cuando la ciudad estaba en medio de lagos, y la gente sembraba en chinampas, que era un sistema de agricultura que usaba troncos de árboles amarrados y hundidos en el agua. Sobre ellos se ponía el lodo del fondo del lago y ahí se sembraba.

MI  
S  
A  
M  
P  
L  
E

Mi papá todavía vivió entre chinampas cuando era niño, en la década de 1940. Él me contó que cazaban ranas y patos; además muchos de sus alimentos venían del lago. Recuerdo que me contaba de unas aves llamadas *chichicuilotos* y también de un platillo que usaba huevecillos de moscos y que era muy apreciado. Esta comida se llamaba *ahuantle*.

Pero volviendo a las historias de mi ciudad y de mi país; mucho escuché y leí sobre lo que existió antes de la llegada de los españoles a México. Y quise saber más y más y más.

Así que seguí leyendo, hablé, pregunté, y fui a la Universidad para seguir aprendiendo. Ahí supe más sobre las historias, las personas, su cultura, sus costumbres, su forma de vivir. También aprendí acerca de su lenguaje y sus palabras creadoras.

Y aprendí que el gobernante era llamado *Tlatoani*. Esta es una palabra que viene del nahuatl. El nahuatl era el idioma que se hablaba en la zona central de México. *Tlatoani* significa “el que habla”.

¡Qué maravilla! El gobernante máximo era reconocido por sus palabras, por su lenguaje, por lo que decía.

En esas sociedades existía un grupo de personas que eran los guardianes de la PALABRA, o sus portadores, que significa que tenían el cargo de cuidar y enseñar las palabras y significados importantes a la comunidad. Eran personas sabias, conocían mucho y tomaban muy seriamente su papel.

Otros eran los *tlacuilos*, ellos hacían códices y también conocían la escritura, el significado de las palabras, los símbolos, los colores, etc.

Otros eran los *tonalpouhque*, los que conocían el calendario y llevaban las cuentas del tiempo; los *ticime* eran los médicos concedores de las propiedades medicinales de las plantas, los animales y los minerales.

Las palabras, el lenguaje, todo esto se ponía en los códices\* para registrar las historias de las comunidades; esto era tan importante para su identidad cultural que uno de los *tlatoanis*, Itzcoatl, mando a quemar y destruir todos los códices existentes, para poder crear una identidad diferente para los *mexicas*, que fue el último grupo que llegó al lago. Entonces los *tlacuilos* empezaron a dibujar nuevos códices que cambiaron la historia de ese grupo.

\*El códice es uno de los formatos del libro.

Hace mucho tiempo, antes de que se creara el día y la noche, los humanos estaban en la oscuridad y tenían frío. Toda su comida la comían cruda. Ellos sabían que entre los dioses la vida era diferente, porque guardaban un tesoro que los mantenía calientes y con él cocinaban la comida y tenían luz. Ese tesoro era el fuego. Los humanos estaban tristes porque no tenían fuego.

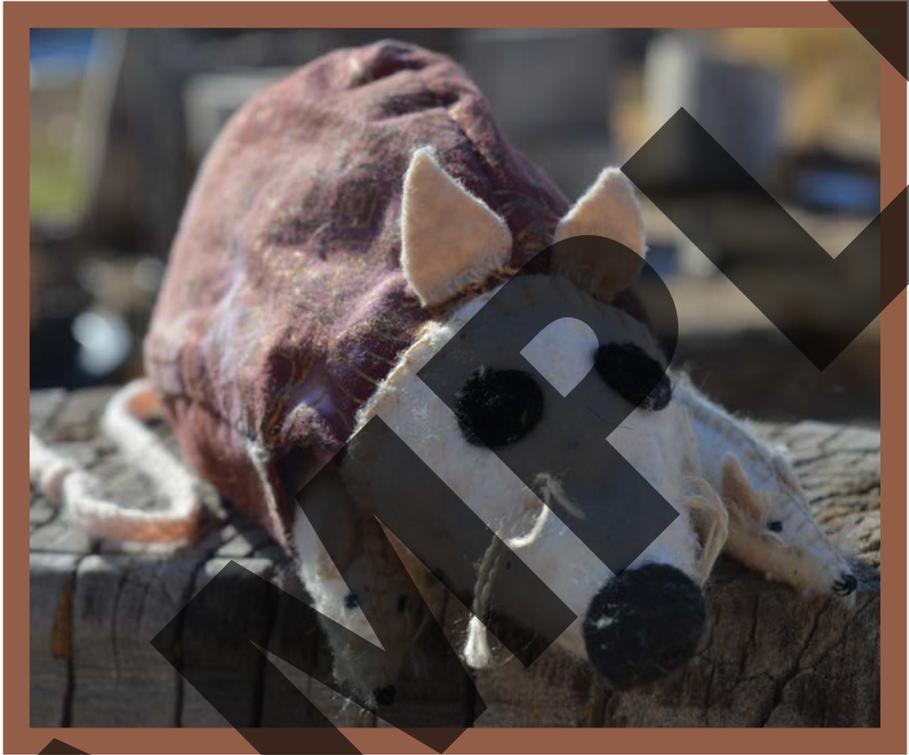
Entonces el *tlacuache*, un animal que quería mucho a los seres humanos decidió ir a traer el fuego. Por muchos días caminó hasta que llegó al lugar de los dioses. Ahí se escondió hasta que por fin se prendió una gran hoguera, un hermoso fuego bailaba en el centro de una pirámide. Y entonces poco a poco se acercó hasta que estuvo frente al fuego, con su cola agarró una carbón encendido y se fue corriendo. Los dioses enojados trataron de perseguirlo. Pero el *tlacuache* corrió tan fuerte que se escapó y fue directo con los hombres. Ahí les entregó el valioso tesoro.



Sin embargo, su cola se quemó y el pelo se le cayó. Desde entonces todos los *tlacuaches* tienen la cola pelona. Y los hombres disfrutaron del fuego, se mantuvieron calientes y pudieron cocinar su comida.

El *tlacuache* es un animalito muy simpático. Además, es el único marsupial que existía en América del Norte. Marsupiales tienen una bolsita en el vientre donde crecen las crías. Seguro tú conoces al canguro o al koala, pues ellos son marsupiales también.

Esta es una imagen de un *tlacuache* que hice para mí para recordar su gran hazaña y agradecerle que nos haya traído el fuego.



Como el *tlacuache* cuida a sus hijos por mucho tiempo y los carga en su bolsita o marsupio o arriba de su cuerpo, se dice que es un símbolo de la mamá que cuida y protege a sus hijos, y además los defiende de cualquier enemigo. En algunas comunidades indígenas, la gente los tiene como mascotas y los dejan cuidando a los bebés y a los niños, porque saben que los protegerán.



Y a mí me gusta imaginar que el *tlacuache* inspiró a las mujeres mexicanas para cargar a sus hijos con el rebozo, haciendo una bolsita donde el bebé se encuentra seguro y protegido.

Y como salió el tema de los bebés, quiero platicarte cómo en tiempos antiguos se recibía a un recién nacido, un anciano de la comunidad le decía:



“¡Oh, nieto mío,  
señor muy amado, persona  
de gran valor y de gran  
precio y de gran estima!  
¡Oh, piedra preciosa!  
¡Oh, esmeralda! ¡Oh,  
plumaje hermoso! Seas

muy bienvenido. Seas muy bien llegado. Has sido  
formado en el lugar más alto, donde habitan los  
dos supremos dioses... Reposa, descansa, pues has  
venido tan deseado.”

Imaginen a los bebés siendo llamado  
personas de gran valor, piedras preciosas, y darles



Esta es la imagen que un niño llamado Jesús hizo sobre su papá como contador de historias.

la bienvenida e invitarlos a descansar con antes decirles que han sido tan esperados y deseados.

Estas conversaciones, estas pláticas, estos discursos son parte de

la tradición oral, que consiste en una inmensa variedad de formas como proverbios, adivinanzas, cuentos, leyendas, mitos, canciones y poemas.

Y sirven para transmitir conocimientos, valores culturales y sociales, y una memoria colectiva.

También son fundamentales para mantener vivas las culturas.

Cada ser humano puede contar algo.

Siempre hay historias que nos gusta compartir, y además ¡a todos nos gustan las historias!

Te aseguro que ahora también en tu vida, en tu familia hay contadores de historias, tal vez alguno de tus padres, tal vez tus abuelos, tus tíos o tal vez un amigo de la familia, incluso ¡puedes ser TÚ!

Para terminar, te propongo una idea:  
¿Qué tal si le pides a algún adulto que te  
platique una historia y luego puedes hacer  
un dibujo o escribirla si te sientes inspirado?  
Además recuerda que tu puedes crear tus propias  
historias.

**SAMPLE**

Nivel de intervención: 40

Nivel de lectura: Q

Número de palabras: 1,979

Genero: Literario

Estructura del texto: Narración

Palabras importantes:

barranca

caporal

códices

culebrita

elocuentes

guardianes

haciendas

identidad

cultural

indígenas

molote

nahuatl

rebozo

Nivel de intervención: 40

Nivel de lectura: Q



ISBN: 978-1-61391-577-6

90000



9 781613 915776

PL 7818SP



[www.pacificlearning.com](http://www.pacificlearning.com)